

HISTORIAS que
capturan **ESTRELLAS**



MARÍA GONZÁLEZ REYES
VIRGINIA PEDRERO BOCETA

HISTORIAS que capturan ESTRELLAS

Texto **MARÍA GONZÁLEZ REYES**

Ilustración/Diseño **VIRGINIA PEDRERO**

¿Cómo te sientes ahora que lo conseguimos?

*Creo que hemos logrado
capturar una estrella.*

TÍTULO:

HISTORIAS QUE CAPTURAN ESTRELLAS

AUTORAS:

Texto: **María González Reyes.**

Diseño, maquetación e ilustración: **Virginia Pedrero.**

Cubierta: **Virginia Pedrero.**

EDITAN:

Libros en Acción. Editorial de **Ecologistas en Acción.**

C/ Marqués de Leganés, 12. 28004 Madrid.

Telf/Fax: 915312739 / 915312611

formacion@ecologistasenaccion.org

www.ecologistasenaccion.org

Observatorio de Multinacionales en América Latina (OMAL).

Asociación **Paz con Dignidad.**

Gran Vía, 40 - 5º 2. 28013 Madrid

Gardoki, 9, 5º dcha. 48008 Bilbao

Telf/fax: 915233824 / 946552944

omal@omal.info / www.omal.info

1ª Edición: Diciembre de 2014, Madrid.

Impreso en papel 100% reciclado ecológico sin cloro.

ISBN: 978-84-943183-2-0

Depósito legal: M-30224-2014

© María González Reyes y Virginia Pedrero Boceta.

Esta publicación cuenta con la colaboración de:



Creative Commons 3.2

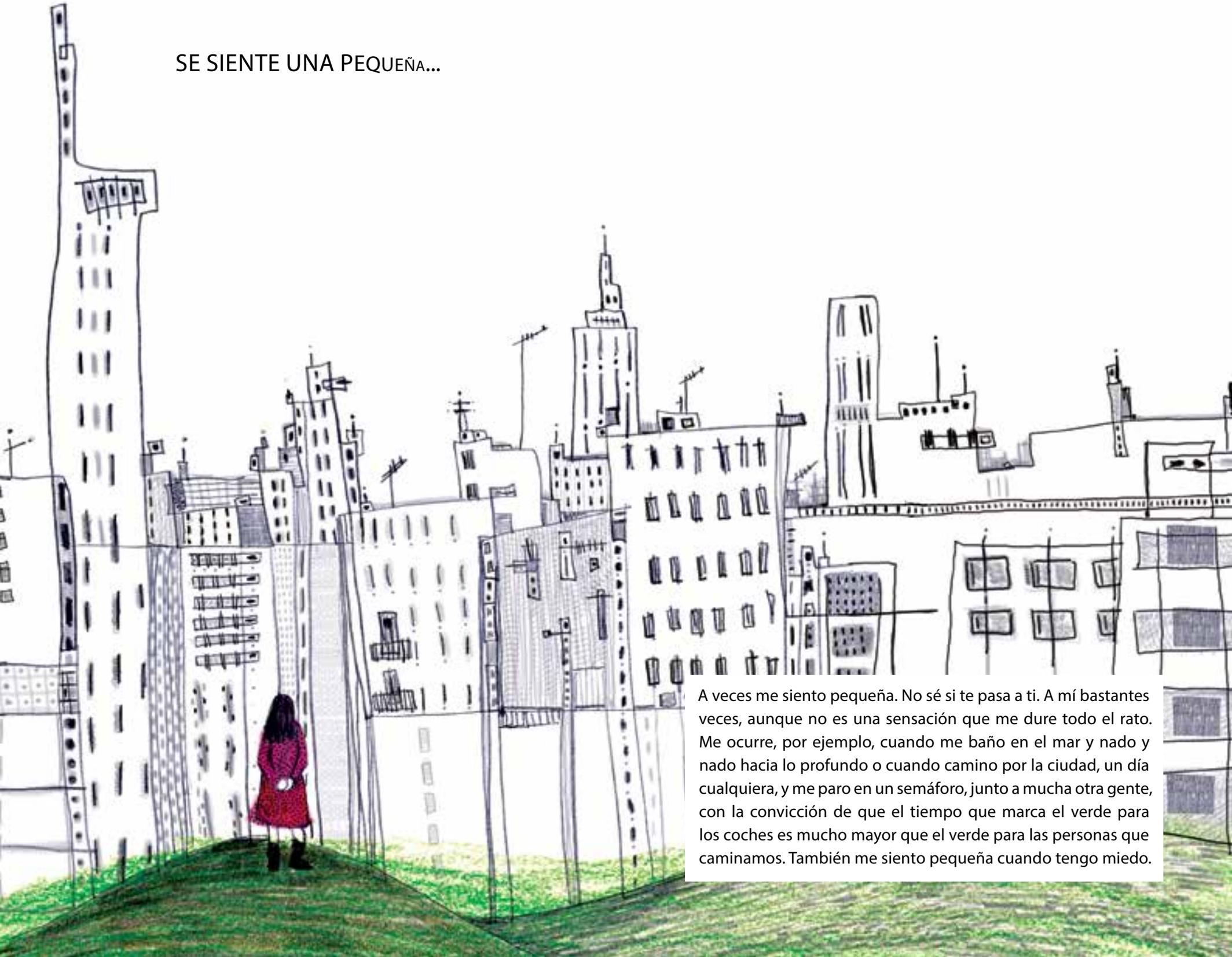
Reconocimiento - No comercial- Compartirlgual (by-nc-sa)

NOTA INTRODUCTORIA

Las estrellas se nos resisten. Se nos llevan resistiendo demasiado tiempo a los de abajo, a la gente común, a las que estamos siempre detrás. Son difíciles de capturar no porque estén lejos, allá arriba, sino porque trataron de convencernos de que nunca llegaríamos hasta ellas. Y nos invisibilizaron. Pero un día un grupo de personas consiguió capturar una y la colocó en otro lugar para que estuviese al alcance de cualquiera, en el universo de lo posible, de la esperanza y de la dignidad escrita con la mano sobre la tierra. Otros colectivos que también tenían estrellas las subieron a esa noche y desde entonces más comunidades, redes y periferias las comparten y buscan estrategias para alcanzarlas. Muchas lo consiguen.

Este es un libro de historias colectivas con algunos nombres propios, porque son los colectivos los que generan los cambios y somos las personas las que los formamos. Reivindicamos estas historias como comunes porque las calles están llenas de estas cotidianidades (no de las que cuentan por la tele ni de las vidas de hombres occidentales vestidos con traje y corbata). Son historias de gente empeñada en salir del escondite en el que les obligaron a meterse. Gente común, peleona, organizada. Constructora de otras realidades.

SE SIENTE UNA PEQUEÑA...



A veces me siento pequeña. No sé si te pasa a ti. A mí bastantes veces, aunque no es una sensación que me dure todo el rato. Me ocurre, por ejemplo, cuando me baño en el mar y nado y nado hacia lo profundo o cuando camino por la ciudad, un día cualquiera, y me paro en un semáforo, junto a mucha otra gente, con la convicción de que el tiempo que marca el verde para los coches es mucho mayor que el verde para las personas que caminamos. También me siento pequeña cuando tengo miedo.

Leer, a veces, proporciona información que da miedo. Yo he leído sobre los incrementos de temperatura esperables para finales del siglo XXI que han calculado los científicos. Y entonces pienso: ¿Cuántos seres vivos podrán adaptarse a este cambio? ¿Cuántos humanos podremos sobrevivir cuando nuestra alimentación depende de los cultivos?

Hay quien dice que el cerebro humano no está preparado para entender y percibir lo lento, lo remoto y lo complejo. Yo estoy de acuerdo. Quizás por eso, cuando pienso en esta perspectiva de colapso más que probable, me invade el miedo y me siento tremendamente pequeña. El miedo, al igual que el dolor, es una emoción muy paralizante. Por eso trato de encontrar maneras de sacudírmelo de encima.

Un buen antídoto es buscar emociones como la ilusión, la alegría y la esperanza y yo, donde les encuentro cabida, es siempre en lo colectivo. Cuando esta crisis civilizatoria a la que vamos encaminados se profundice, la comunidad, el “nosotras y nosotros” y no el “yo” será lo que proporcione vías de supervivencia.

La ilusión se hace patente cuando se construyen redes que crean colectivamente alternativas de transformación que promueven mundos más justos, autosuficientes y sustentables. La esperanza aparece cuando decidimos cambiar el “No hay alternativa” por el “Otro mundo es posible” o el “Sí se puede”. Y la alegría cuando los movimientos sociales se convierten en generadores de valores basados en lo colectivo, que permiten satisfacer las necesidades a través de la participación y del apoyo mutuo y que propician cambios sociales que construyen vidas más dignas.

Ilusión, esperanza, alegría. Y creatividad. Probemos a coger un lápiz y dejarlo deslizar por las paredes de las calles para escribir palabras como

escuelas,

Ciudades en transición,

Mercados sociales,

Finanzas éticas,

Cooperativas de consumo,

Huertos urbanos...

COMEDOR POPULAR

Sara

De entre todas las fotos Sara eligió la que le había hecho a la olla. Le parecía que era la que mejor sintetizaba el lema de la exposición que estaban organizando: "Tejiendo redes". La olla gastada, grande y firme era el símbolo del cambio en aquel lugar. Alrededor de la olla que alimentaba a tanta gente (por orden de prioridad: los más pequeños, las personas más grandes y, al final, los de edades intermedias) se gestó el comité de madres. Cuando vinieron tres inspectores a decir que no cumplían las condiciones higiénicas y que tenían que dejar de hacer aquella actividad, estaban ya tan unidas que la Sara, indignada y sabiéndose con el respaldo de todas las demás, levantó desafiante el cucharón de madera con el que estaba removiendo el guiso y, sin apenas mirarlos, les dijo:

¿se quedan a comer o se van?

Y se fueron y hasta el momento no han vuelto.



DE CAMINO A BONN

La idea era ir hasta Bonn, no por nada en especial, decía que le resultaba curioso el nombre de la ciudad, con dos enes al final. Repetidas. Pero no llegó. De camino encontró un lugar donde lo están haciendo. Que lo están haciendo de verdad, digo, poniendo en práctica. Me lo contó mi amigo el Negro, que iba de pasada y se quedó. Son miles de personas de barrios enteros. Se autoorganizaron para recuperar la posibilidad de tener atención sanitaria. Tienen clínicas y farmacias sociales donde distintos profesionales atienden de forma gratuita. Y funciona. Si estás enferma no puedes luchar por cambiar las cosas, y allí la gente tiene claro que quiere acabar con este sistema económico devorador de vida. Por eso también han creado escuelas de música y varios teatros.

Tienes que venir y verlo.

Y mi hijo me escuchó caminar por esos barrios cuando estaba en mi panza.

*Será que no nos rendimos y poblar
el mundo es una forma de eso,*

me dijo mi amigo el Negro.

Eso, será que no nos rendimos.

SOBRE VIVIR

Marcial dijo que aquel día sintió una ola de muerte que venía del otro lado, y fue cuando le hirieron en la pierna y los compañeros lo levantaron del asfalto y se lo llevaron entre el humo y las piedras y más balas.

Sintió la muerte que escupían las manos de los policías apretando gatillos. Sobre su boca sin apenas dientes. Sobre su hambre y su cansancio. Sobre su corazón medio gastado.

Marcial trabajaba haciendo ladrillos para que la gente del barrio pudiera construir casas mejores. No le faltó comida, compañía ni cariño ni uno solo de los días que tardó en recuperarse.

Después, volvió a caminar.



LIMONES

Mecha

Siete hijas y un puñado de limones sobre la mesa. Nunca me aprendí el nombre de todas porque, además, a cada una le pusieron dos y a veces usaban uno y a veces otro. Eran tan seguidas que parecían la misma vista con el paso de los años. El pelo medio rubio y medio rizado. Largo a pesar de los piojos.

La Mecha recoge limones durante la temporada. El resto del año no tiene nada de trabajo o apenas nada. Nada.

Una casa pequeña al borde del canal de agua estancada y sucia y con basura.

Las siete ríen y, entonces, la Mecha muestra sin reparo los pocos dientes que le quedan a la vez que suelta una carcajada tras otra.



Todo el barrio las escucha.



DIGNIDADES

*No quiero que mi hija acabe
limpiando tu casa por una miseria*

le dijo cuando,
por segunda vez, se negó a hacerle un contrato

*por eso me he puesto en contacto
con las otras mujeres y ya ninguna
vamos a trabajar en estas condiciones.*

Él la miró
y detuvo los ojos en sus manos, con puños cerrados.

*Que vengan las demás
que piensen como tú*

dijo.

Y fueron, pero no ese día, sino al día siguiente. No solo ellas,
sino también muchas otras.

Tuvieron sus contratos.

LA HABITACIÓN DE LOS ABRIGOS

Ya sabes que no me gustan las fiestas. Cuando me invitan siempre dudo hasta el último momento si ir o no y, al final, cuando me veo ante la puerta de la casa en cuestión, pienso si llamar al timbre o darme media vuelta. Finalmente casi siempre me quedo. Te conocí en la trinchera a la que recurrimos las tímidas cuando no sabemos dónde meternos en estos eventos, en la habitación donde el anfitrión te dice que puedes dejar tu abrigo, ese lugar donde solo se entra al llegar y al marcharse pero que el resto del tiempo permanece vacío de gente. Yo quería escapar un poco del bullicio de voces, música y pies que ya habían comenzado a bailar, y cuando entré te vi allí sentado entre chaquetas, bolsos y bufandas. Me sorprendió tanto que hubiera alguien en mi escondite que me quedé quieta en la puerta.

*¿Te vas? Te ayudo a buscar tu abrigo,
hay tal mogollón que vas a tardar un rato.*

Y yo te dije que estaba buscando el baño y que me equivoqué de puerta. Te reíste con tal descaro que me hiciste reír a mí también, y acabamos yendo a tomar un café que nos mantuvo despiertos charlando toda la noche. Nos reconocimos criticando los vasos de plástico que había en la fiesta, hablando de que en la naturaleza nada procede de la nada y todo va a parar a algún lugar, de la dependencia que tenemos del resto de seres vivos para sobrevivir. Criticamos al capitalismo por olvidar que la base material que lo sustenta no es infinita y decidimos que había que crear una normativa internacional que pusiera el derecho de las personas, al menos, al mismo nivel que el de las grandes corporaciones que campan a sus anchas sin nadie que las juzgue. Ya ves, fue sesudita la conversación...

Al salir de aquella cafetería descubrí que, en medio del tumulto frenético de la ciudad, las parejas habían retomado la costumbre de desafiar al tiempo parándose en plena calle para besarse.

LA ESCUELA

Pepa



Pepa llega de la escuela cargando una mochila llena de cosas que no entiende. Me mira y no me deja esquivar sus ojos. Me dice sin voz que va porque sabe que yo quiero que vaya, porque me quiere. Tampoco dice nada, pero mira sus pies cubiertos por unos zapatos rotos. Le digo *luego te ayudo con la tarea del cole*. Y ella, ya sin aguantar las palabras, *pero si solo vienes dos días y la escuela son cinco*. Le sonrío y le doy un beso sobre la cara que no tardará en llenarse de polvo y suciedad.

Imagino a Pepa dentro de diez años.

La imagino NO cargada de hijos,

NO maltratada por un hombre.

NO analfabeta.

NO recogiendo botellas de plástico para conseguir juntar unas monedas.

NO triste.

ENCOGERSE

Llevaba ya un tiempo dándose cuenta de que, cada día, se levantaba y se acostaba con el ánimo más encogido. Y no fue el viento junto al que volaba su cometa quien la sacó de aquel estado, fue la conversación amable del panadero que, al ver su cara de “me doy igual a mí misma”, la animó a pararse a disfrutar de un dibujo hecho con tiza que alguien pintó en el suelo de la calle, y esto le recordó que a ella también le gustaba pintar, por lo que volvió a visitar a las amigas (de esas que “no hace falta avisar con antelación” y te puedes plantar directamente en su puerta y que siempre sonrían cuando llegas) para recoger los pinceles que dejó allí olvidados hacía semanas, y Paula la recibió con un abrazo que le supo a reconciliación. Y comenzó a sentirse bien de nuevo consigo misma, a darse cuenta de que sus logros más importantes no tenían que ver con las cosas que había perdido, sino con el cariño de la gente con la que intercambiaba palabras a diario, con sentirse acogida en su comunidad, con crear ideas para pintar el mundo junto a otra gente, con reírse jugando a cualquier juego, con cooperar para conseguir algo, con disfrutar de su cuerpo junto a otro cuerpo, con sentirse respetada. Y así, su ánimo empezó a agrandarse de nuevo como una nube un día de sol y de lluvia.

TI E M B L A N

El tren chirriaba pero ninguno de los dos mostró interés por subir la ventanilla para reducir un poco el ruido. Sabían que no iban a hablar. Sujetaban con sus cuerpos la bici que se movía con el traqueteo de aquel vagón viejo. Ambos sentían cómo el frío del hierro de ese trasto, con el que ella se empeñaba en seguir moviéndose por la ciudad, atravesaba sus pantalones. Sentir lo mismo era, de alguna manera, como si se estuvieran tocando. Ambos temblaban un poco. Pero no habría ni un roce ni una mirada hasta que llegasen al punto de encuentro que tenían acordado con el resto de compañeros. La cita de seguridad después de la acción. Eran tiempos difíciles. Ella amaba tanto la vida que no encontraba otro modo de transitarla que confrontando la barbarie. Él comenzó a participar cuando entrelazó sus manos con otras manos que se volvieron ásperas de tanto utilizarlas.

Y ya ambos habían pasado medio siglo de vida, y más de treinta años mirando las injusticias de frente. Mirando a los opresores de frente. Sabiendo que, igual que ellos, los poderosos también tiemblan.

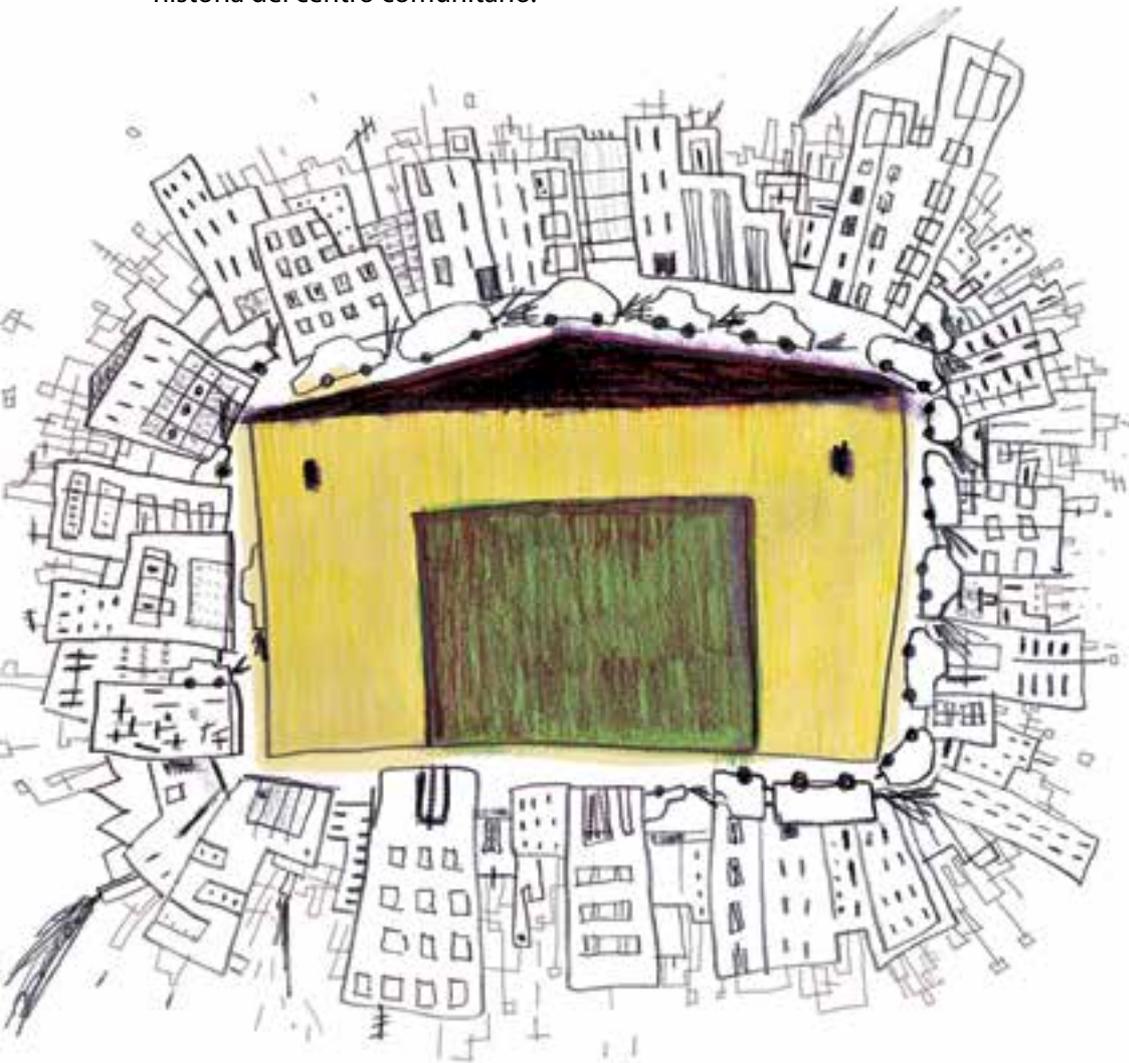
ALREDEDOR DE LAS BRASAS

Doña Cuca

Sentadas alrededor de las brasas desprendiendo calor, las mujeres contaban historias.

Aunque todas se escuchaban con interés, las mejores se dejaban para el final, cuando la noche obliga a juntarse más para no dejar entrar al frío. Y aunque siempre estaban atentas ante las voces que narraban, cuando las más viejas tomaban la palabra los ojos apenas pestañeaban, y se apretaban más los brazos de unas con las manos de las otras.

La noche que yo estuve allí, Doña Cuca comenzó a contar la historia del centro comunitario.



Primero, entre algunas mujeres del barrio, había surgido la idea de hacer un comedor popular. Cuando estaban en su casa sin nada para cocinar la angustia se les subía a la garganta y allí, juntas, con un poco de aquí y otro de acá, algo conseguían para que comieran los chicos. Los suyos y los de otras. Y si no comían siempre había una mano, una palabra, un abrazo. Cuatro palos y un pequeño techo de chapa. Eso era todo.

También contó cómo, después, comenzaron a construir el centro comunitario para el barrio, la emoción de los primeros momentos, la convicción de que de la nada construirían algo gracias al esfuerzo colectivo, la lucha en la calle para conseguir dinero para los materiales, los cientos de manos que lo fueron levantando y la solidaridad verdadera, que es aquella que aparece en quienes dan antes para lo común que para sí mismos.

No fue fácil. Hubo cortes de carretera que duraban horas, días, semanas. Participaban todas. Participaban todos. Incluso las niñas y niños, porque ahí ser pequeña no es sinónimo de no contar en las actividades importantes de la comunidad. Niños y niñas que, cuando tienen que decidir algo relevante, se sientan en círculo para hablar.

No fue fácil. Enfatiza Doña Cuca. Tenían que saltar por encima del miedo paralizante. El miedo que da la represión en forma de palos y gases. Y ese otro miedo, todavía más atroz, el que impide a las personas atreverse a imaginarse de otro modo. *La pobreza no se alivia con lo que les sobra a algunos, dice, sino construyendo en horizontal procesos que empoderan a las personas.*

Y ahí sigue el centro, grande, combativo, vivo, digno, en medio de un barrio lleno de aceras con baches donde se destrozan demasiados sueños y algunas vidas.

FUERA DE LA CIUDAD

Habían compartido tantas noches de insomnio que, cuando salieron de la ciudad para irse a vivir a aquel pueblo abandonado, pasaron los primeros días durmiendo. Acompañadas por el frescor del río. Acariciadas por el viento que atravesaba las hojas de los árboles. Bajo las estrellas. Infinitas estrellas.

PLACERES

Volver a leer un libro del que aprendiste muchas cosas y descubrir que vuelves a aprender. Saber reconocer el árbol del que te estás comiendo el fruto. Buscar un lugar donde hacer una vivienda colectiva. Asistir a una reunión que acaba a la hora prevista con todos los temas tratados. Llevar a un trueque cosas que ya no quieres y descubrir que le sirven a otra persona. Investigar cómo es un edificio justo después de una okupación. Participar en movilizaciones sociales masivas en las que se manifiesta que lo que nos une tiene más fuerza que lo que nos separa. Ver cómo amanece después de pasar la noche charlando sobre cómo arreglar el mundo y decidir ir a desayunar juntas. Pasear por un bosque y sentirte parte de él. Correr bajo la lluvia al volver a casa después de escuchar música en la calle. Gritar en una plaza, junto a miles de personas, "sí se puede". Descubrir que los demás también están nerviosos antes de hacer una acción de desobediencia civil. Dividir un trozo de pastel pequeño en tantos pedazos como personas están reunidas. Ir sola a una manifestación y encontrarte con gente conocida. Leer un cuento en el que aparece un lobo que no tiene cara de malo ni pretende comerse a nadie. Conseguir consensuar posturas que parecían irreconciliables. Ver que alguien que participa poco propone una idea. Bailar por la noche con gente con la que habitualmente solo compartes reuniones. Entrar al bar donde un día casi nos tomamos algo y descubrir que estás dentro.

LISTA DE LA COMPRA
DE UN PARADO
ANÓNIMO

(Juan)

3 paquetes de galletas redondas

1 litro de leche desnatada

1 paquete de macarrones

Bote de tomate

Tinte de pelo

~~Orfidal~~



EN EL FONDO DEL MAR

En la primera manifestación que hicieron decidieron no poner en la pancarta principal los lemas con las reivindicaciones que llevaban un tiempo trabajando desde la asociación. En lugar de esto escribieron:

Por nuestros hermanos y hermanas, que no consiguieron llegar y descansan en el fondo del mar.

Les pareció que esa era la mejor manera de rendirles homenaje.

INVISIBLES

Yo tuve una amante que vivía en la calle Tres Peces. Sus manos la delataban a pesar de cómo vestía y su violín sonaba a cuerda a punto de romperse y a teatros en los que dejarse el alma por más que no haya público. Fue ella quien me contó que cuando una pareja se pone a mirar libros en una librería acaba ojeando textos que van asociados. No recuerdo un ejemplo concreto ahora, pero el caso es que si uno coge una novela negra es muy probable que la otra se decante por mirar un libro de tal autora. Le gustaba observar.

Yo soy trabajadora de una empresa. Da igual qué empresa porque en realidad todas las grandes funcionan del mismo modo, y fue al contarme esto de las asociaciones de libros cuando pensé que era esencial poner en común con otras trabajadoras cómo habíamos conseguido mejorar nuestras condiciones laborales. Parece absurdo pero fue así, por la historia de los libros ojeados de manera paralela por las parejas a pesar de haber sido concebidos sin ninguna conexión. Lo comenté con las compañeras y pensamos que nuestras reivindicaciones y estrategias podrían servir de ejemplo a quienes tampoco se conforman. Pensamos que si contábamos nuestra victoria sería más probable que hubiera más victorias.

Os lo cuento ahora, con este viento gélido sobre mi cara, porque creo que solo perderemos si dejamos de intentarlo. Para ganar hay que tener ganas de ganar y creernos que es posible. Si encontramos esas conexiones invisibles, como las que unen esos libros, podremos mirarnos y convertir nuestras escasas posibilidades en algo por lo que luchar.

Nos convencieron de que no podríamos, pero tenemos que creer en nuestra fuerza y, como mi amante, dejarnos el alma por más que el teatro esté medio vacío.

EL BANCO DEL PARQUE

Esteban

Creo que, en realidad, todas las personas necesitamos un lugar que sintamos como nuestro. No digo que lo sea en sentido estricto, no hay que poseer ese espacio en propiedad, más bien me refiero a un sitio en el que sentirse tranquila de los miedos, cómoda para no pensar en nada relevante, refugiada de los problemas. Quizás por eso tendamos repetitivamente a ocupar los mismos lugares, la misma silla en la clase en el colegio, la misma fila en el cine, el mismo lado de la cama.

Su lugar era un trozo del lateral de un parque en el que había un banco sin respaldo hecho de cemento. Ahí cocinaba la cena en un hornillo de gas y dormía la siesta cada día. Por la noche no, prefería ir al albergue para personas sin recursos. Antes tuvo otros lugares, una mesa en una oficina compartida con otras mesas que ya tampoco son el lugar de nadie, un sillón de orejas junto a una ventana, una cocina grande que una vez por semana se llenaba de amigos.

No pedía porque nunca tuvo que hacerlo y no sabía cómo.

Se dio cuenta con bastante facilidad de que da vergüenza tener amigos que pasan dificultades, por eso no los busca.

Nunca perdió la costumbre del orden y la limpieza.



Por eso su banco siempre limpio. Por eso la papelera más cercana siempre con algo dentro que,

nunca es comida.

UN LUNES POR LA TARDE

Es una noche común y repetida y no puedo dormir. Me acuerdo de aquel cole más bien pequeño, más bien acogedor y parecido a un submarino. Un cole creador de sueños que cerró sus puertas un lunes por la tarde.

Os imagino metidos en vuestro sueño. Una soñaría con conseguir que sus alumnos amaran tanto las palabras como ella, otro con una escuela con menos vallas. Algunos (varios seguramente) estarían sumergidos en ensoñaciones relacionadas con las noches mágicas vividas allí dentro o con los dibujos que las niñas y niños hacían en la arena cada día. Alguien se dejaría llevar por un sueño tenaz que repitiera que no hay nada que la educación no pueda conseguir y todas, todos, seguro, soñarían con conseguir que aquella tarea sirviera para construir un mundo más justo. Y yo ¿con qué soñaré? Puede que con un colegio donde al asomarse por las ventanas se ve la ropa de las vecinas tendida al sol, con una biblioteca violeta cuyos libros se repartieron por muchas casas, con carteles que decoran las paredes hechos a mano por muchas manos. Con reuniones en círculo para mirarse bien las caras, con fiestas y música y teatro. Con contraponer ideas, con crear otras nuevas, con risas y café de baja calidad. Con una discusión con un alumno que se acaba convirtiendo en un abrazo, con compañeras y compañeros que se transforman en amigos. Con miradas que acarician. Con alumnas y alumnos que no se rinden, no se callan, no se resignan. Que luchan porque no se les niegue la palabra futuro. Que son mis maestras y maestros. Soñaré con un cole que abraza la palabra utopía y la palabra felicidad.

Pero no se confundan, este no es un relato triste de un cole que se cerró un lunes por la tarde. Aunque pudiera parecerlo, no lo es. Es el relato de un cole que no tenía timbre para no interrumpir ningún sueño ya creado o a medio construir.

PLAZAS

En las plazas convertidas en
asambleas, rodeada de gente
desconocida, no se sentía sola.

EL OTRO

Ale

Está agarrado a la mano de su madre y tira de ella con fuerza.

¿Qué pasa Ale?

No quiero subir al tren

Ale tiene cinco años y vive en un asentamiento a las afueras de la ciudad, en una casa de madera y chapa al lado de la vía.

Cada vez que la pesada máquina pasa tirando de los vagones de mercancías, las madres salen de las casas y gritan a sus hijos que se aparten de la vía. Ale y otros changuitos corren detrás del tren y juegan a tirarle piedras mientras se aleja.

LADO

Ahora Ale está en el andén. Es la primera vez que sale del barrio. Va a acompañar a su madre a una reunión de movimientos sociales en la capital.

Tiene miedo de que, al subirse al tren, les tiren piedras desde fuera.



LA FOTO

La foto sale medio borrosa, pero me gusta porque parece que nos vamos a escapar de ella. Era el día que perdimos la posibilidad de cambiar el gobierno.

Yo me agarro a ti con fuerza, como si eso me ayudara a quedarme en un final distinto, y tú tienes la mirada fija en el camino a la estación.

Creo que ambos pensábamos que no pasaría mucho tiempo hasta que volviéramos a intentarlo.

DOS BALCONES

Miraba por el pequeño balcón. Aún cuando hacía frío, salía y apoyaba el peso de su cuerpo sobre el único hueco que dejaban las plantas en la barandilla negra. De hierro. Así llegó a conocer mejor a los vecinos del portal de enfrente que a los del suyo. Así se dio cuenta de que ella estaba enferma.

Por eso comenzó a cruzar la estrecha calle cada día para llamar a su puerta con la excusa, primero, de llevarle la prensa.

Y, así, se dio cuenta de que ella estaba vieja y enferma y que, aunque vivía sola, no vivía en soledad. Emma le hacía la compra y le ayudaba con la comida. Paco subía cada noche con su hijo pequeño para que ella le deseara felices sueños. Jorge y Cristian la buscaban por el patio interior para contarle qué tal el día.

Las flores que tenía repartidas por toda la casa las cuidaba ella.

Cuando murió toda la comunidad la acompañó. Él la recordaba cada día al leer las noticias internacionales en el periódico.

EL GORRO DE LANA ROJO

Zoe

A la altura de los tobillos sobresalía de las botas negras parte del forro blanco que ayudaba a mantener los pies calientes. A continuación aparecían dos piernas flacas embutidas en unas mallas negras con lunares verdes, rojos y violetas. Un jersey de lana varias tallas más grande de lo necesario cubría el resto del cuerpo. Por lo demás, sólo se veía una mejilla sonrosada y unas pestañas negras rodeadas de un gorro de lana rojo. Comía gajos de mandarina con tal placer que parecía que no había nada mejor en el mundo en lo que emplear el tiempo.

Las mañanas que, como aquella, amanecían las calles nevadas, las pasaba dejando huellas por la ciudad. Era su manera de demostrar, frente a los que dicen que da igual quedarse mirando al borde del camino, que las cosas que hacemos quedan registradas en algún lugar.



SONABA A PASOS ACERCÁNDOSE

Todas las casas suenan a algo.

Aquella sonaba siempre a pasos que llegaban,

tejas que se movían con el viento,

camas de madera

y a mujeres.

Voces que hablaban mientras tejían y destejían,

cultivaban alimentos, escuchaban, calmaban. Cuidaban.

Sonaba a mujeres que caminan descalzas

sobre la tierra firme.

Que se sientan, siempre,

dando la espalda a los poderosos.

DONDE COMEN DOS COMEN TRES

(... pero eran 12 y la cosa se complicaba. Un huevo se partía en 4 trozos y cada cuarto a su vez en 3. Los hijos de Mabel aprendieron matemáticas sin necesidad de ir a la escuela)

De repente, un día dejaron de encenderse las luces de las farolas que, como sucedía siempre a las ocho y cuarto, comenzaban a alumbrar de arriba abajo. Y fue al quinto día desde que esto empezó a ocurrir cuando a Mauro se le ocurrió regalar a las niñas y los niños las linternas que él mismo fabricaba con cosas que recogía de la basura.

DE NOCHE

Mauro

A painting of a city skyline at night. The sky is a deep, dark blue, filled with numerous small, bright yellow stars. A large, glowing yellow full moon is positioned in the lower right quadrant. The city skyline is rendered in dark, silhouetted shapes against the starry sky. The overall style is expressive and somewhat abstract, with visible brushstrokes and a textured appearance.

Entonces la noche de la barriada se llenó, por primera vez, de decenas de pequeñas estrellas que tintineaban y se movían.

MELOCOTONES

Sini recoge melocotones por una miseria en una esquina del suroeste de Europa. Melocotones que serán comidos por personas que viven a más de 10.000 km de esa esquina. Sabe que es absurdo gastar tanto petróleo para producir y trasladar la comida. Los días que le toca cocinar en el piso compartido siempre compra en la cooperativa de consumo, donde los alimentos son locales y de temporada.

FREGONAS Y GRISES

Era el año 2001 y ellos un grupo de chavales que participaba en una manifestación por la democracia que terminó en jaleo. La policía, opaca y tenaz, decidió perseguir a los adolescentes por las calles de la ciudad. El grupo unido huyó hacia sus lugares cotidianos y acabó entrando a refugiarse en su instituto, para sorpresa de las cinco mujeres que limpiaban los restos de tierra y papeles que cada día se acumulaban en los suelos de las aulas. Los policías les siguieron hasta la puerta, donde Concha se había colocado con su fregona.

No pueden pasar

les dijo sujetando el palo con ambas manos

*acabo de terminar de fregar el suelo
y no quiero que me lo ensucien.*

Muchas horas después los chavales salieron del instituto camino a casa, entendiendo que hay muchas maneras de rebelarse contra el orden establecido. Desde entonces, antes de entrar a cualquier lugar se limpian cuidadosamente los pies en el felpudo. Quizás Concha acaba de terminar de fregar.

DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS

Llueve.

No le hace falta acercarse a la ventana para sentir la humedad. La casa está fría. Acaba de llegar después de una larga jornada de trabajo y nunca pone la calefacción cuando va a estar fuera. Le parece un gasto absurdo de energía. Duda entre ensalada y leche con galletas y se decanta por esto último. Ganaron el juicio. Está contenta porque sabe que su papel de abogada fue impecable y porque también sabe que ganar esta vez abre la posibilidad a poder ganar muchas otras veces.

Recuerda los primeros años en la facultad de Derecho, las discusiones interminables y su convencimiento, cada vez más fuerte, de que trabajaría para los que tienen menos opciones. *Las cárceles están llenas de personas pobres mientras que las clases sociales más favorecidas tienen impunidad*, les decía a sus compañeros, *además, es la clase dirigente la que causa de manera directa que haya más pobreza, pero eso legalmente no se considera un delito. Tenemos que conseguir no solo que se reconozcan los derechos sociales, sino que haya mecanismos para que todas las personas tengan acceso a ellos.*

Y años después había utilizado esta última frase en su primer juicio. No entiende bien por qué su sentido común, el que le ayuda a entender las causas de las injusticias y a buscar maneras para revertirlas, es diferente al sentido común de tanta otra gente que legitima con sus actuaciones las desigualdades.

No sabe de dónde le viene esa manera de pensar y de actuar. No la aprendió en su casa ni en el colegio, tampoco en la facultad. Quizás la fue creando caminando por las calles con los ojos puestos en la gente y no en las cosas. Hablando y escuchando. Mirando un poco más allá de lo que se ve.

Dejándose empapar por la lluvia.



NO ERAN POBRES

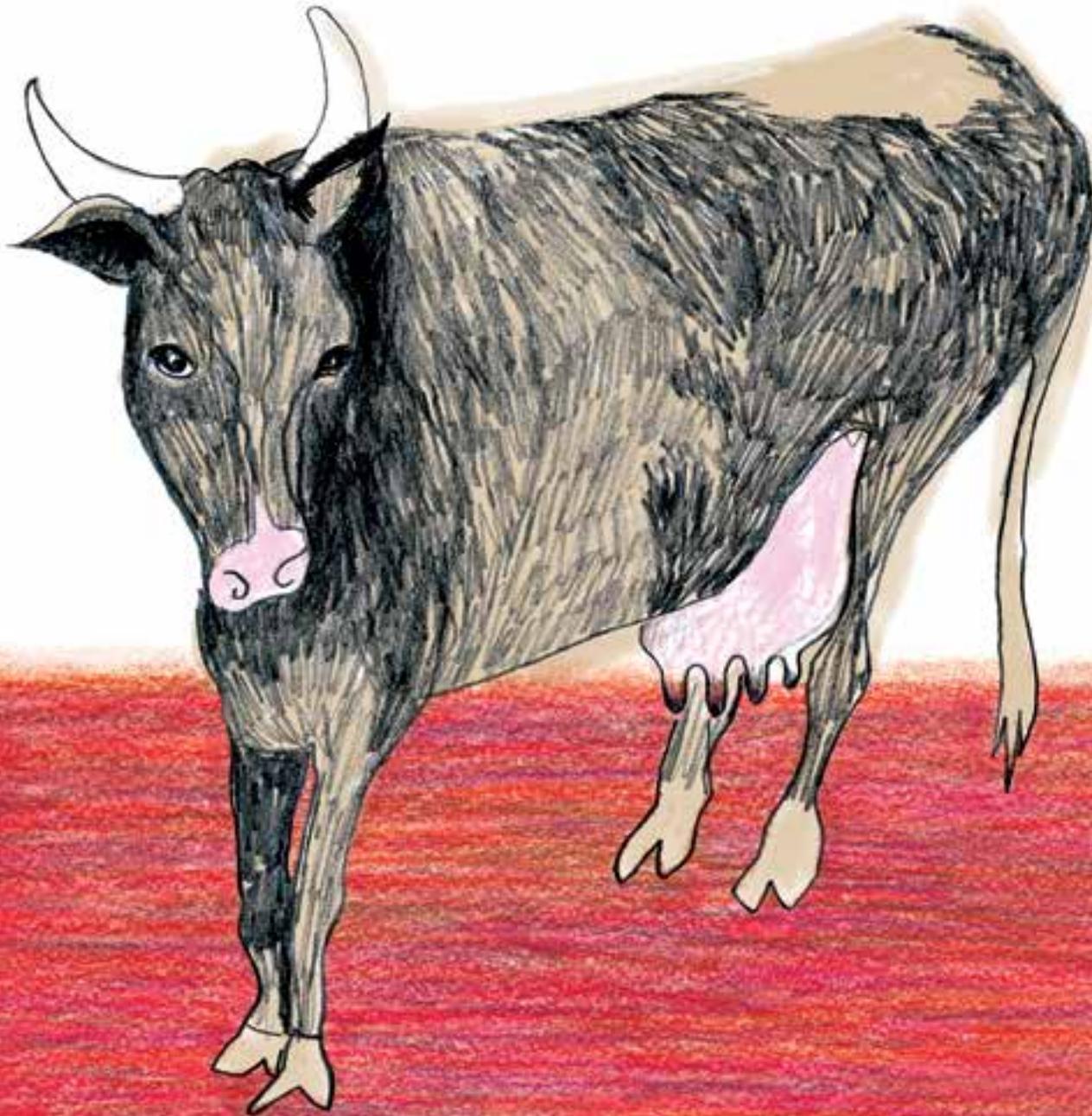
Cuando dejaron de tener monedas, se dieron cuenta de que si tenían tierra para cultivar y otra gente con la que intercambiar cosas, no tendrían ningún problema.

VÉRTIGO

Espera tras la puerta después de caminar descalza por toda la casa. Deja la taza ya vacía de café en el suelo. Junto a la ventana. No sacó casi nada, total tampoco tiene dónde llevarlo. Qué rápido pasa el tiempo. Desde que dejó de pagar la hipoteca hasta ese momento es como si las semanas se hubieran ido pisando unas a otras, solo se daba cuenta del paso de los días al mover las hojas del calendario que tenía colgado en la cocina. No está triste ni asustada. Se toca el brazo para ver si sigue sintiendo algo. Mira el reloj. Todavía es pronto. Se asoma a la ventana y ve un grupo de gente en la puerta del edificio. Le llama la atención porque no son vecinos y, al fijarse mejor, se da cuenta de que está la chica de la plataforma con la que habló el otro día. En ese momento mira hacia arriba y la saluda con una sonrisa. Después todo pasa muy rápido, llegan más personas, casi todas desconocidas, también algunas vecinas de su planta. Se colocan en la entrada del edificio y por las escaleras hasta la puerta de su casa, en el primero. Cuando llegan los que traen la orden de desahucio no pueden entrar y marcan números en sus teléfonos y llega la policía y hay forcejeos y no pueden llegar hasta su casa y ellos se van y ella se queda. No pueden llegar.

SABIAS

Marta



Te escribo desde un lugar en África, te voy a dar una pista para ver si descubres dónde estoy: aquí las mujeres mayores entonan canciones que hablan de cómo han defendido lo común, los bosques y las plantas medicinales, de cómo conservar las semillas, de dónde extraer el agua o qué tierra es la mejor para cultivar. Cuentan lo preocupadas que están porque sus nietos prefieren comprarse una moto que tener una vaca, cantan que están preocupadas porque los que vienen detrás de ellas ya no saben sobrevivir sin dinero. Cantan, cuentan, cantan que tienen más autonomía respecto a los hombres, pero no frente al capital.

Es emocionante escuchar la sabiduría al son de estos ritmos, me gustaría tanto que vinieras...

MADRE TIERRA

*Sirenas contra voces. Vallas contra personas.
David contra Goliat.*

Y la madre tierra. Mirando.

Tengan muy buenas tardes, soy María Elena y formo parte de la cooperativa de la milpa. Somos 38 mujeres que nos hemos juntado para recuperar las semillas criollas. 38 mujeres que sembramos maíz no modificado, que cultivamos como lo hacían nuestras abuelas, que aprendemos a leer y a escuchar a la tierra que nos dice lo que necesita.

38 mujeres que ya no tenemos que comprar a la empresa semillas cada año porque las que nosotras cultivamos no son estériles. Y ahora la empresa dice que han tomado muestras de nuestro maíz y que tenemos que pagarles dinero porque encontraron que sus semillas, que se cultivan en un campo cercano, se mezclaron con las nuestras. Nosotras decimos que son ellos los que tienen que pagarnos a nosotras por contaminar nuestro maíz criollo con el suyo modificado.

La madre tierra es mujer y no hombre. Son ellas las que mejor conocen las claves de la vida.

Nº 646

Vengo a ver a Mamadou.

Dígame el número.

¿Número? Se llama Mamadou Thiam.

*Aquí no se identifica a los internos
por nombres, sino por números, dígame
el número de la persona a la que quiere visitar.*

*Espera que consulte... 646,
sí, creo que es el número 646.*

Nº 646, prepárate, tienes una visita.

Mamadou, qué ganas tenía de verte ¿cómo estás?

Y Mamadou mira para arriba. Y luego se queda con los ojos clavados en una de las paredes del Centro de Internamiento para Extranjeros. Y me mira a mí.

*Aquí no soy Mamadou, soy el número 646. Los números no
sienten, no lloran, no gritan, no se desesperan.*

Espero antes de decir nada.

Le cuento que en la asociación cada vez somos más, que la presión para que el gobierno cambie la ley está siendo efectiva. Que saldrá pronto.

Me mira sin sonreír. Relaja mínimamente su gesto duro.

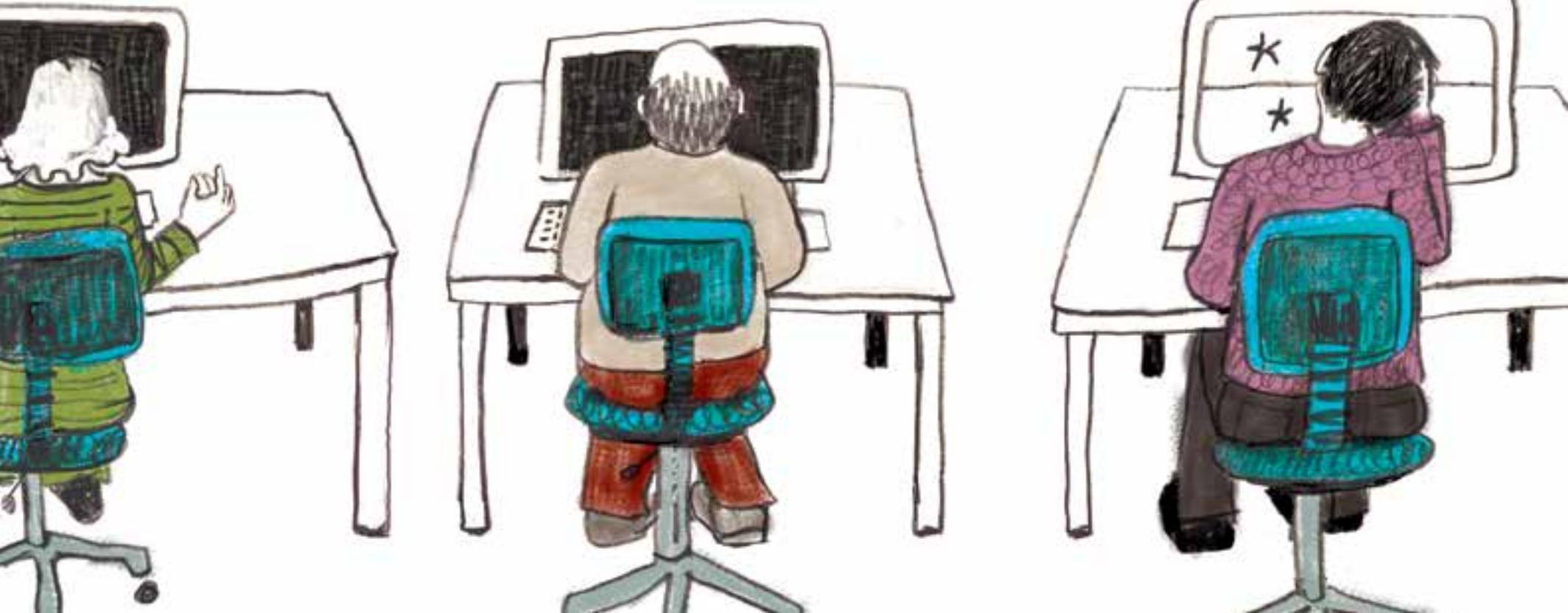
Sabe que digo la verdad.

RUTINAS

De lunes a viernes. Ocho horas frente al ordenador, colocado en una mesa, junto a otras mesas, en la misma fila, en una sala con más filas, con mesas con ordenadores. Uno por cada asiento.

Max

Se sienta. Cada mañana. 8:31 (8:32 quizás). Abre el correo. Y siempre. Cada día (de lunes a viernes). Comienza la mañana leyendo. Un poema. Se lo envía Violeta.



Las cosas no siempre son como parecen, o sí, pero en general preferimos verlas del modo que mejor nos conviene. Ocurre, por ejemplo, con el asfalto. Como si fuera un ser vivo que se convierte en plaga se ha ido extendiendo por las ciudades, asfixiando la tierra que deja debajo hasta matarla. Quizás por evitar la sensación de angustia, nos convencemos de que siempre estuvo ahí y así no echamos de menos el tacto de los pies sobre la tierra. También resulta evidente que cada vez hay más personas que no es que no lleguen a fin de mes, sino que no tienen con qué comenzar, pero hay quien afirma que siempre han estado ahí, pidiendo en la calle, rebuscando entre la basura, rondando las esquinas donde habita la exclusión social. Nos agarramos a cualquier argumento con tal de convencernos de que eso le ocurre a otros. Nos aferramos con todas las fuerzas usando manos, brazos e incluso dientes para asegurarnos nuestra estancia en este lado, en el que hay casa, comida y gente con la que hablar.

Otro ejemplo es lo que pasó el otro día en una manifestación. Una piedra de tamaño considerable, lanzada con contundencia, le cayó a un policía en la cabeza (cuyo casco, por cierto, paró con efectividad el golpe). Aunque la versión oficial decía que fue tirada por un pinta con pantalón de rayas y capucha, en realidad no fue así. La arrojó una mujer de mediana edad que no dudó un momento en coger lo primero que tenía a su alcance al ver cómo la policía cargaba contra gente que sólo mostraba su desacuerdo (eso sí, conviene aclarar que se quedó muy sorprendida con el tino que tuvo). Preferimos, en general, creer esa versión oficial antes que pensar que puede haber personas que, si se dan las circunstancias, deciden utilizar la violencia como nunca creyeron que lo harían.

Y es que ya hay mucha gente cansada de escuchar ese relato único en el que las cosas que pasan cotidianamente nunca están presentes y empieza a reivindicar, a reivindicarse, como parte activa de lo que ocurre cada día. Eso le pasó a la chica pelirroja cuando salió de la sala número 5 del cine. Después de ver una película se dirigió a la taquilla y le preguntó al vendedor de las entradas (vestido con camisa negra y una gorra que no se sabe muy bien para qué podría servirle en aquel lugar sin ventanas) si alguna vez ponen pelis donde la temática sea la lucha de clases y resulta que al final ganan los de abajo, o donde los conflictos no tienen que ver con el amor entre parejas sino con otras cosas como las condiciones laborales y los explotadores dejan de serlo porque no existen las personas que son explotadas. Películas donde triunfe la gente que apuesta por crear una sociedad más justa, solidaria y en paz con el planeta, donde las soluciones colectivas funcionen, donde vivir no sea una lucha diaria y haya tiempo para recrearse charlando con la gente querida, haciendo una taza de cerámica o leyendo un libro. Esas cosas también pasan.

El chico de camisa negra no supo qué decir, pero se quedó pensando.

Hay una realidad que se esconde tras las pompas de jabón que construyen cada día los que tratan de convencernos de que hay un único relato. Pompas que difuminan las historias cotidianas entre los discursos de aquellos que quieren asegurarse de que nadie les quitará el poder.

Visibilizar esos relatos no tiene que ser tan difícil, las pompas de jabón desaparecen con apenas rozarlas.

LA TIERRA PARA QUIEN...

Estrella

Había tierra y había manos. Había papeles con nombres de dueños. Había tierra sin manos.

Lo pensaron y lo hablaron y lo debatieron y lo consensuaron. Tenían manos y querían tierra. Tierra libre para los que usan las manos.

Sin papeles pero con manos. Sin propiedad, sin obedecer. Con muchas manos.

Fuera de aquí.

Represión. Miedo. Algún disparo.

Que no. Que nos quedamos.

Y entre medias nació Estrella.

De aquí no nos marchamos.



BOLETÍN DE NOTAS

Matemáticas	8
Lengua	7
Creatividad	No se cursa
Ciencias Naturales	7
Investigación	No hay
Ed. para la sostenibilidad	Opción desconocida
Ciencias Sociales	8
Crítica	Inexistente
Creación de alternativas	No consta en Currículum
Educación física	6
Desobediencia consciente	Penalizada con expulsión
Participación	No hay posibilidad
Cooperación	Optativa no ofertada
Trabajo en grupo	No evaluable
Inglés	10
Tecnologías Información (TIC)	10

COMENTARIOS DEL TUTOR: los resultados de su hija son satisfactorios. Estamos consiguiendo que su perfil se ajuste al máximo al que demandan las empresas.

EL CUARTO DE LOS RELOJES

En un colegio había un cuarto lleno de relojes. Todos eran despertadores aunque cada uno sonaba de manera diferente.

Los niños y niñas que sabían que en su casa nadie los despertaría por la mañana se llevaban uno prestado.

A Paola no le gustaba faltar a clase.

LO PRIMERO...

... que hizo fue darle un abrazo.
Y sabía que tenía hambre y sed.
Pero. Primero. Le dio un abrazo.

Mariana



DE FIRMAS POR INTERNET, TORTUGAS Y ECOLOGISTAS

Una navidad alguien escribió la palabra “crisis” en el vaho de la ventana de la cocina, la que daba al patio interior del edificio. Y fue entonces cuando Ana decidió que tenía que hacer algo más que firmar peticiones por internet. Lo decidió pasados algunos meses del comienzo de curso en la facultad de Biología. Después de que varios compañeros del año anterior no pudiesen matricularse. Tardó un poco en comprender. Tasas más altas, menos becas. Cada vez más sillas vacías en la universidad.

Sus vacaciones de verano las pasaba junto a su abuela, que le enseñó a conocer y disfrutar de los seres vivos que habitaban en los lugares donde se instalaban, por un mes, cada verano. Le gusta volver al recuerdo de los pies descalzos sobre la arena de la playa, con su abuela tumbada leyendo al sol y las tortugas marinas nadando por algún lugar de aquel océano.

Y fue ese recuerdo el que le hizo acercarse a una asociación ecologista. La recibió Iván, que le explicó cuáles eran sus principales actividades. Ella no entendía nada: hacían campañas contra las grandes superficies, escribían informes sobre la calidad del aire, participaban en movilizaciones contra los tratados de libre comercio... ¿Dónde cabe aquí proteger a las tortugas? No tardó mucho en comprender que todo estaba relacionado: el modo de producir y consumir que esquilma unos recursos que son finitos, un aire tóxico que cambia el clima, unas leyes de mercado que para obtener beneficios han declarado la guerra a la vida. Ella se ofreció para hacer de enlace con la plataforma en defensa de los servicios públicos donde, por cierto, coincidió con su médica de cabecera y con algunos de sus compañeros de la universidad.

LIBROS Y CITAS

Al día siguiente todavía tenía restos de polvo en los pies. El cansancio se quedó en alguna parte de los sueños y decidió darse una ducha fresca. Tan temprano y ya hacía calor. No paraba de darle vueltas a cómo decorar aquel espacio que ya era mágico aunque todavía no hubiera ni un solo libro, ni siquiera estanterías donde colocarlos. Pensó que estaría bien poner el pequeño sofá en el piso de arriba, junto a la ventana que daba al patio interior, y colocar ahí la sección de cuentos. En la zona más amplia, la que daría al salón de actos, podría ir la de movimientos sociales. Hoy comenzarían con una asamblea para decidir cómo colocar la biblioteca de aquel barrio sin libros. Un segundo después pegó un respingo en respuesta a la caricia que Sol le hizo en la nuca. Casi había olvidado que durmieron juntas.

LA BESTIA *Lisbet*

Está sentada. Espera como quien espera a una muerte que viene avisando hace tiempo.

El tren suena.

A asesinato. A violencia. A esperanza.

Un grupo de mujeres se junta para cargar el aliento de los migrantes que viajan subidos a la chapa de un tren que resuena a muerte.

De su país

a otro país. Fronteras.

Cargan de vida el aliento.

Recogen miedos. Reparten esperanza.

Lisbet está sentada.

NIÑO CON PLATO Y CUCHARA

Un niño espera con un plato y una cuchara frente a un portón negro. Como es chiquito no llega a ver por la ventana para fijarse que no hay nadie dentro. El comedor hoy no abre. No había con qué cocinar. Pero como no sabe de horas se queda allí, cada vez más chiquito frente al portón negro, mientras yo me alejo por el camino de tierra, masticando el polvo que levanta el aire en este mediodía plano y pesado en Villa Esperanza.

RADIO VICTORIA

Su hijo está en la lista. Marcelo, Ramiro y Dora también estaban. Ahora ya no. No es que los sacaran de la lista. Los tacharon.

Estar en la lista significa que la vida de su hijo pelagra si sigue ejerciendo como periodista. Como periodista de esa radio que denuncia los problemas que la empresa petrolera está generando en la zona. Que denuncia los atropellos y las extorsiones a quienes se oponen. Extorsiones en forma de amenaza telefónica, de correo electrónico invitando a enmudecer o de un papel metido debajo de la puerta de la casa diciendo que no habrá más avisos.

Radio Victoria se niega a dar un espacio publicitario a la petrolera. Radio Victoria denuncia que la policía no hace nada. En esta radio, la radio donde trabaja su hijo, frente a las amenazas decidieron aumentar el nivel de denuncias. Ante cada amenaza. Después de cada muerte. Sacan comunicados contando lo que sucede y argumentan con más fuerza contra la extracción de petróleo.

Conciben la radio como un medio de comunicación con poder en manos del pueblo. Por eso, cuando las amenazas de quemar y destruir la radio se iban a ejecutar, la gente comenzó a juntarse alrededor del edificio para protegerlo con sus cuerpos. Por eso su hijo decidió seguir trabajando en esa radio. Por eso sigue en la lista.

ESPIRAL



Ramón

Al tercer día de levantarse con la clara sensación de no poder hacer nada para cambiar la situación que asfixiaba a aquella ciudad, decidió tatuarse una espiral en la espalda.

Quería mirar hacia atrás para pensar en Ramón, que le contaba que la historia tiene forma de espiral y que, aunque parezca que los de abajo siempre pierden, hay personas que luchan cada día por romper los muros que esconden las otras realidades posibles. Y lo consiguen.

CREATIVIDAD DESOBEDIENTE

Cuando prohibieron lanzar consignas en alto por las calles, se juntaron para hacer ruido con cacerolas.

Cuando hicieron una ley que prohibía taparse la cara con un pasamontañas en las manifestaciones, se la taparon con bragas y calzoncillos.

Cuando las pelotas de goma lanzadas por policías sobrevolaban sus cabezas, se pusieron a cantar para frenarlas.

Cuando borraron las pintadas de las paredes, las pintaron de nuevo.

Cuando prohibieron reunirse en las plazas, se juntaron para llenarlas de gente.

Cuando la publicidad llenó las vallas de las ciudades, decidieron romper el monólogo respondiendo a los mensajes en las propias marquesinas.

Cuando las multinacionales tenían más poder que los estados, comenzaron a boicotearlas.

Cuando la justicia no hacía justicia, escrachaban a los culpables.

Cuando había gente que no comprendía el lenguaje que utilizaban, buscaron otras palabras.

Cuando las desigualdades parecían inmutables, gritaban con rabia colectiva la palabra revolución.

CELEBRAR

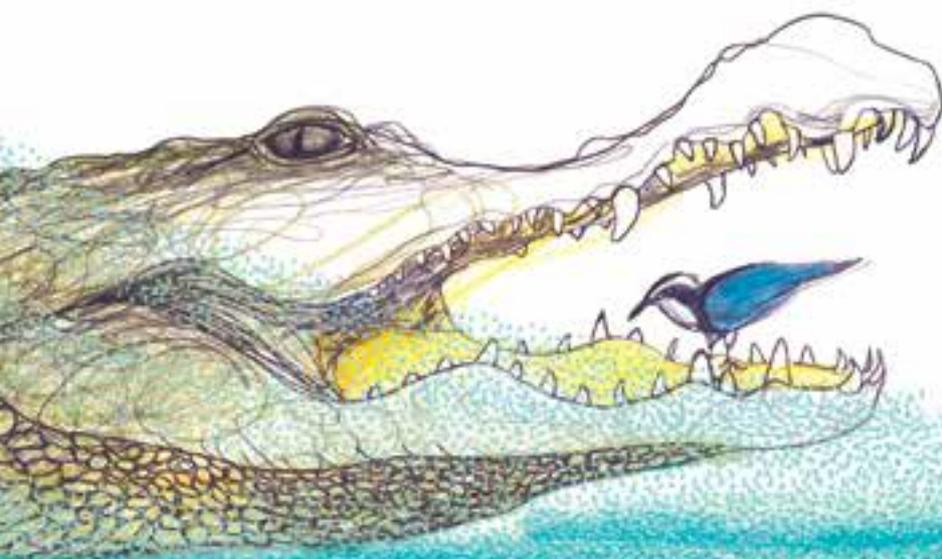
Siempre encontraban un motivo para brindar. La militancia de la alegría es lo que les hacía permanecer unidos.

SALPICAR, CHAPOTEAR, ZAMBULLIRSE

Los días de lluvia le jodían. No por la lluvia en sí, que en realidad le gustaba más que disgustaba, sino porque todo el mundo se encerraba en su casa y era prácticamente imposible quedar con alguien. La lluvia era jodida en aquella ciudad mal construida, donde cuando caía un buen chaparrón las calles se inundaban de tal modo que, en menos de una hora, el agua podía llegar hasta las rodillas. De ahí que casi nadie se animase a salir. Aquel domingo no fue diferente. Tratando de esquivar la soledad ojeó un par de libros y encendió y apagó la tele tres o cuatro veces. Se tiró en el sofá con una infusión y Lila Downs de fondo y se dispuso a mirar el techo un rato. Hace poco leyó un artículo que decía que la felicidad está directamente conectada con las relaciones que establecemos con otros humanos. Ella estaba completamente de acuerdo.

*Si formamos parte de una red de gente
somos más felices*

pensaba,



Lucia

pero en esta sociedad, esto no se tiene en cuenta ni de coña, por eso hay tanta peña hecha polvo y deprimida. Todo está montado para lo contrario, para aislarte y hacer más difícil las relaciones con los demás. Y en esto la mierda de la tele tiene mucha culpa, parece que la calle estuviera poblada de secuestradores de niños y violadores, y claro, al final te encierras en tu casa pensando que es mejor no abrir a nadie y cuando sales, joder, las plazas públicas están desiertas y los centros comerciales con sus guardias de seguridad plagados de gente ¡si hay barrios donde ni siquiera hay bancos para sentarse al sol! Por no hablar del coñazo que nos dan desde pequeñas con que hay que ser mejor que la de al lado, que no hay hueco para todas, solo para los mejores. Y el éxito se consigue trepando sobre las espaldas de los demás. A veces lo disfrazan diciendo que en este mundo de hoy se valora saber trabajar en equipo ¡y una mierda! Si para conseguir una beca de estudios tengo que competir, para ir a la universidad tengo que competir, para conseguir un trabajo tengo que competir... todo está montado para que sea una lucha de cada cual contra los demás. Dan ganas de mandarlo todo a tomar por culo ¿es que ninguno de los que mandan se ha leído un libro en el que se explique el origen de la vida? Pues se creó mediante simbiosis, por dos bacterias que se fusionaron y formaron la primera célula con núcleo. La vida surgió por cooperación, no por competencia. Eso de la lucha del más fuerte es una gilipollez, lo que permite la vida es la cooperación y ¿cómo va la sociedad a sobrevivir si toma como fuente de funcionamiento la competencia? Mierda de lluvia, a ver si para ya. Me voy a bajar a dar una vuelta, a ver si hay otra zumbada como yo mojándose los pies y por lo menos nos hacemos compañía.

*Joder... ¿pero quién estará llamando
al timbre con la que está cayendo?*

OPCIONES

Cuando le dijeron que fuera al psicólogo o al médico de cabecera para que le recetara un tranquilizante, recordó que su abuelo le contaba que los problemas laborales los solucionaban en el sindicato,

*algo que sucede en el trabajo es un problema colectivo,
por eso las soluciones individuales no funcionan.*

Y se quedó pensando qué hacer.

MEMORIA

Memoria. Memoria. Memoria.

Darío escribió las tres palabras en un cartel que luego colgó en una pared de la estación de tren. Justo en el lugar donde los policías mataron a aquel chico que se había parado a socorrer a otro compañero herido durante la protesta.

Trataba de huir del olvido.

RECETA DE LA ABUELA LOLA

Lolita



INGREDIENTES

2 cucharadas soperas de Paciencia.

1/4 y mitad de Esfuerzo.

5 gotas de Austeridad.

Saberes aprendidos de generaciones anteriores
(no menos de dos tazones de desayuno colmados).

1 pizca de Sacrificio.

Cariño, añadir a demanda, habrá que poner más o menos
dependiendo de la estación del año en la que se cocine.

200 g de Tesón.

CÓMO LLEVAR A CABO LA RECETA

(pequeños trucos imprescindibles para que salga bien)

Cocinar a fuego lento hasta conseguir una masa más o menos homogénea (no importa que se perciban a simple vista las distintas texturas).

Después, dejar reposar en el alféizar de la ventana, al relente, en donde la corriente de aire (cuanto más limpio mejor) conseguirá que tome el punto perfecto.

Una vez refinado, si se han seguido los pasos adecuadamente, tiene un sabor que consigue evocar situaciones felices vividas con anterioridad.

A veces Doña Dolores, otras Lola, las más Lolita, se sienta en su silla de enea en la puerta de la calle cuando el verano atardece.

DE FRENTE

Los indios caminan en bloque, llevan palos en las manos.

Frente a ellos el ejército, con otras armas.

No paran

rudos,

fuertes,

tenaces,

siguen su camino a pesar de las balas.

Juana se queda atrás, tirada en la calle.

MADRES

Hace frío. A esa hora de la mañana siempre hace frío, da igual en qué época del año se esté. Aunque es diferente el frío que hace que te duela al respirar (sobre todo si entra rápidamente por la nariz como consecuencia de tener que andar rápido) del frío al cual se acomoda el cuerpo a los diez minutos de estar caminando. Su frío es del primer tipo.

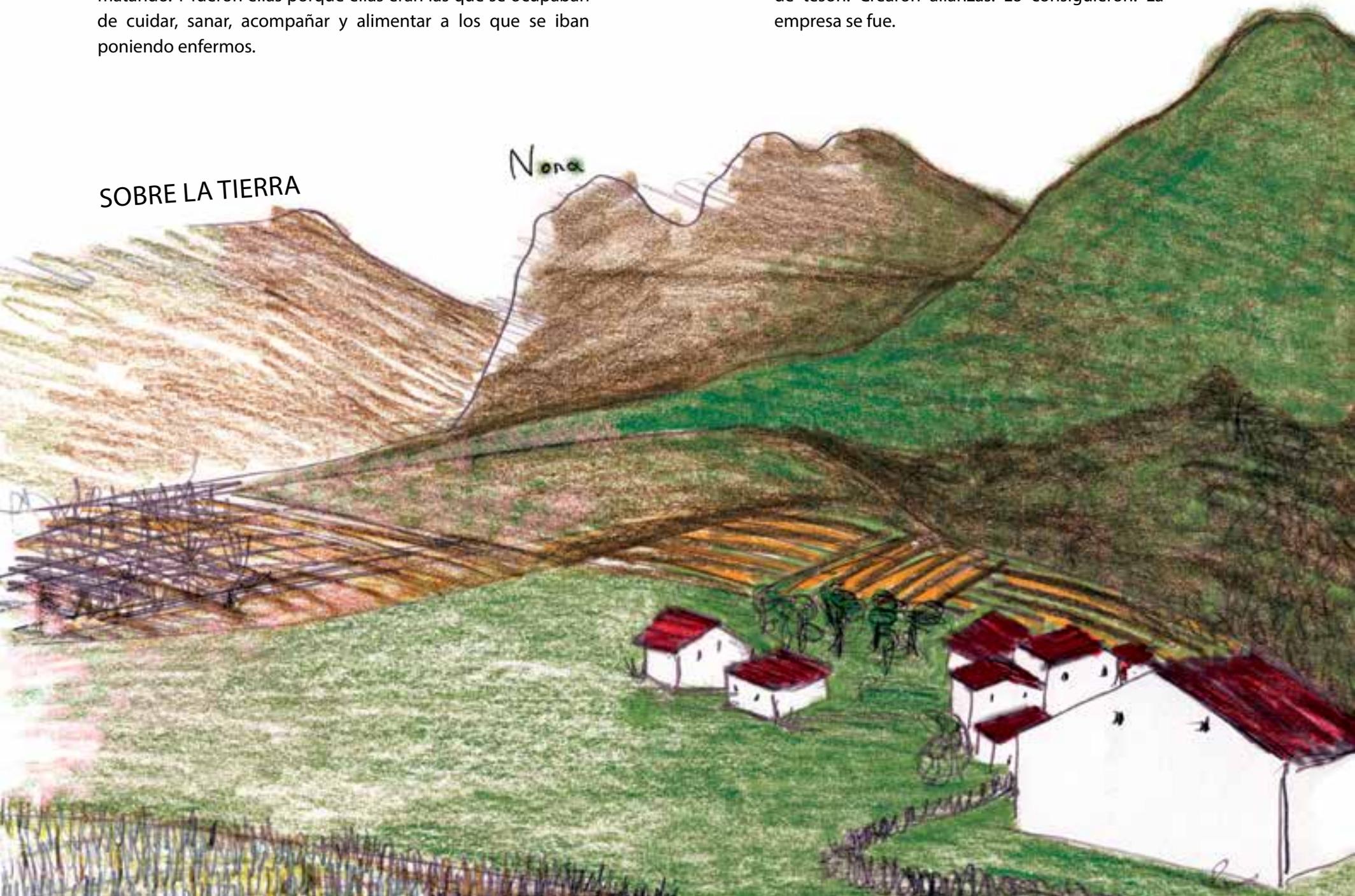
Lo peor no es la salida de casa ni el camino hasta la parada, ni siquiera cuando hay que ir saltando charcos en los días de lluvia. Lo peor es la incertidumbre de no saber si podrá subir al autobús. Trata de contar: dieciocho, diecinueve, veinte... pero como no hay fila y nadie está quieto es muy complicado, así que la incertidumbre se alarga hasta que llega para llevarlos al colegio. El único autobús que pasa por ese barrio de la periferia de la ciudad. Que pasa solo una vez al día. El único que conecta el barrio con la escuela. No cuenta con plazas suficientes para todas las niñas y niños.

Un día las madres analfabetas e incultas deciden cortar con sus cuerpos la calle por la que sale el autobús de vuelta en su ruta diaria. Las madres analfabetas, incultas, pobres, deciden que si un solo niño o niña no tiene plaza, el autobús no saldrá del barrio. Las madres analfabetas, incultas, pobres y dignas, consiguen de esta manera un transporte para que sus hijas e hijos puedan aprender en el colegio.

Al principio nadie reparó mucho en su presencia pero, al tiempo, fue imposible ignorar que estaba allí. El agua ya no servía para beber. Los árboles se morían. La gente dejó de cantar. Fueron ellas las que primero se juntaron en la puerta de la empresa, con dueños de otro país, para denunciar que ese empeño por sacar a la superficie las entrañas de la tierra es lo que les estaba matando. Y fueron ellas porque ellas eran las que se ocupaban de cuidar, sanar, acompañar y alimentar a los que se iban poniendo enfermos.

Entonces fue cuando Nora propuso una reunión con toda la comunidad, y cuando acordaron que lo que estaba debajo de la tierra había que dejarlo enterrado. Decidieron echar a la empresa que creaba grandes beneficios para algunas personas de otro país. Pensaron la estrategia. Se cargaron de tesón. Crearon alianzas. Lo consiguieron. La empresa se fue.

SOBRE LA TIERRA



PENSAR EN ALTO

Ya nunca volvió a tener los pies calientes después de haber estado en aquella cárcel cuyas ruinas aun podían verse en la zona oeste de la ciudad. En invierno se ponía calcetines de esos hechos con lana bien gorda, incluso para dormir, y ni aún así lograba calentarlos. Ni cuando otros pies calientes, debajo de las mismas sábanas, intentaban calentar los suyos. Lo de las manos era otra cosa, aunque con una leve corriente de aire ya le salían sabañones, siempre conseguía quitarlos a base de mover los dedos tecleando. Laura escribía en voz baja las palabras que gritaban el sufrimiento exprimido sobre su cuerpo y sobre otros muchos cuerpos. Palabras que, cuando eran leídas por otros ojos, transformaban la forma de mirar el mundo.

MUDANZA

Subieron a la última planta del edificio donde estaba el taller. Entre los estantes con piezas de barro a medio hacer estaban los libros y los recuerdos apilados. Claudia recogió con cuidado el primer cuaderno de actas y, sin abrirlo, reprodujo en su mente las palabras que estaban escritas en la primera hoja.

Se acuerda por unanimidad crear una escuela popular para la gente del barrio. Se harán dos niveles, uno de alfabetización y otro para los que quieran retomar sus estudios. No se impedirá la participación a nadie que quiera aprender...

Y luego vino la lucha por conseguir mantener el espacio, por construir una educación diferente. Y los aprendizajes verdaderos.

Claudia se dejó arrastrar por aquel grupo de personas que nunca se quedó parado frente a los sueños por pensar que era imposible alcanzarlos. Descuelga la foto del día de la fiesta. Habían conseguido que sus programas se reconocieran oficialmente así que podrían certificar los títulos de graduación. Las alumnas y alumnos, además de aprender, querían esos títulos que les fueron negados en algún momento de su escolarización. Imposible olvidar aquella fiesta. Carlos sale en la foto a su lado, con la cara medio tapada por el brazo que tenía levantado para brindar.

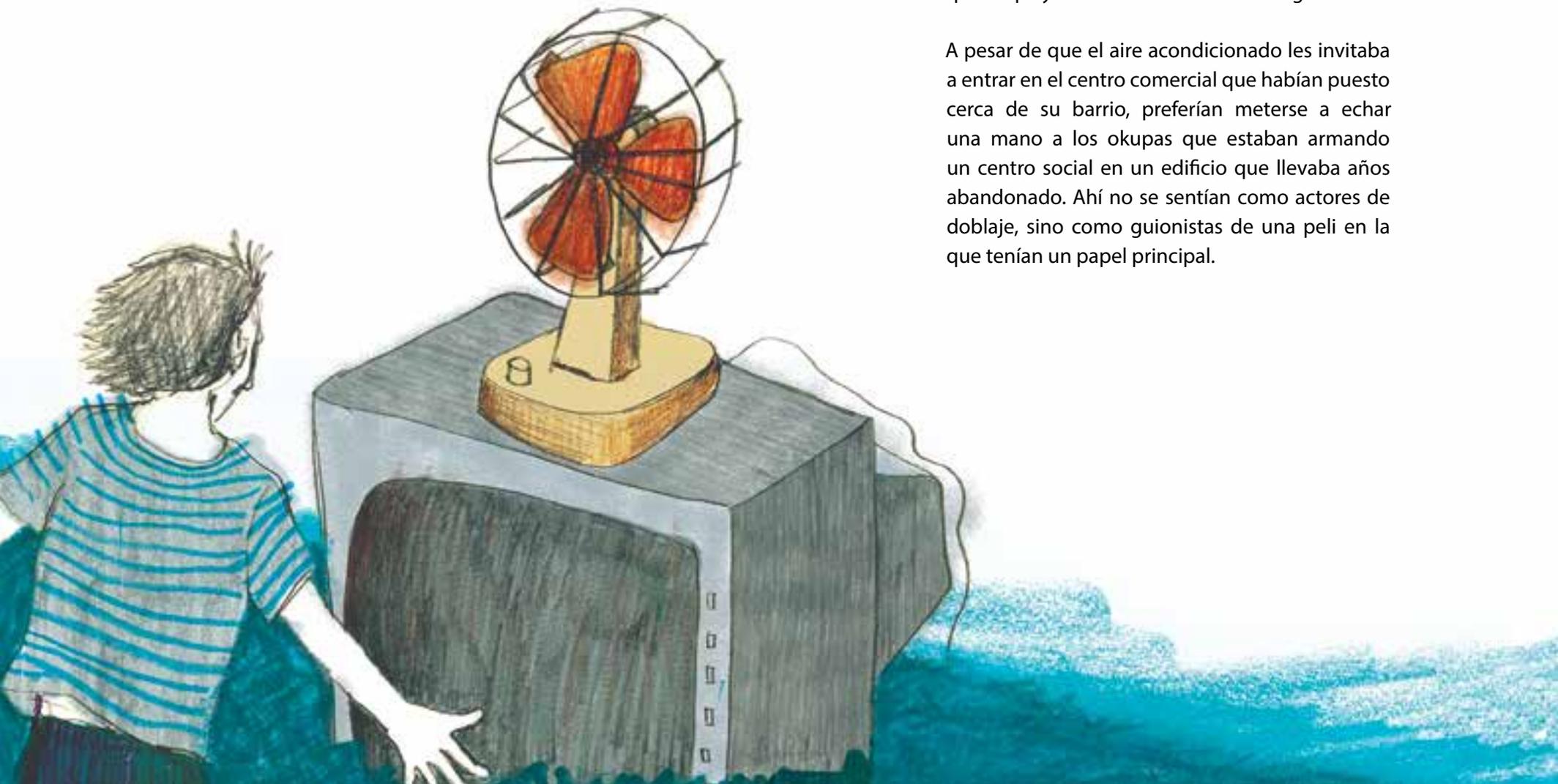
Y ahora consiguieron un espacio más amplio. Ahí trasladarían los libros, los cuadernos y muchas de las historias y Claudia comenzaría, de nuevo, a apilar recuerdos.

VERANO



El verano era sinónimo de vagabundeo nocturno por las calles con la Almu y el Pani, los únicos de la panda del barrio que también se chupaban los meses de vacaciones en la ciudad, comiendo ensaladas, macarrones con tomate y filetes a la plancha junto al ventilador, bajo el sonido monótono del telediario de la Primera contando que las playas estaban abarrotadas de gente.

A pesar de que el aire acondicionado les invitaba a entrar en el centro comercial que habían puesto cerca de su barrio, preferían meterse a echar una mano a los okupas que estaban armando un centro social en un edificio que llevaba años abandonado. Ahí no se sentían como actores de doblaje, sino como guionistas de una peli en la que tenían un papel principal.



CRISIS

En la parte de la ciudad donde habita la crisis vive también Andrea. Camina por las calles donde la gente hace inmensas colas en las oficinas de desempleo, donde los sintecho vagabundean con la mirada en otra parte, donde los alcohólicos se arremolinan detrás de alguna esquina que se les queda pequeña porque cada vez son más. Calles sin perros. Fue un acierto que el ayuntamiento decidiera meter en las perreras a cualquier chucho que merodeara sobre el asfalto sin dueño y sin correa. Así no compiten con las personas que ahora rebuscan en la basura algo para comer o para abrigarse. Personas que miran las calles, las mismas calles que pisa Andrea, sin saber si es mejor echar la vista hacia delante o hacia atrás.

Al doblar una esquina los ve. Están sentados en círculo, son unos cincuenta. Hablan de autogestión, de redes de apoyo, de decisiones tomadas colectivamente, de hacer comedores en la calle, de puestos de atención sanitaria gratuitos. Andrea se sienta a su lado.

RECUPERANDO

Ocurrió que la empresa quebró, o eso les dijeron después de convencerles de que trabajasen varios meses sin cobrar. Pero eran Amanda, Pablo y los demás los que sabían cómo funcionaba todo: el abastecimiento de materias, la producción, la distribución... También sabían bien cómo hacer que la toma de decisiones fuera jerárquica, cómo repartir los sueldos de manera desigual, cómo incumplir los derechos de los trabajadores y, especialmente, los de las trabajadoras. Por eso, cuando acordaron tomar la empresa para seguir trabajando, decidieron cambiar todas las cosas que no les gustaban porque eran injustas. Y resultó que la empresa, que llamaban cooperativa, funcionaba mejor que antes.

MUROS

ali

Nunca nadie pensó que la barriada tenía tantos muros hasta que un día aparecieron todos pintados de blanco. Unos (los más abundantes) servían para separar unas casas de otras, pero los había también para impedir que los balones se escapan del campo de fútbol, para limitar el espacio de la escuela o para indicar la entrada al centro comunitario. El más alto, el que les impedía ver el resto de la ciudad, fue el primero en llenarse de historias.

Desde entonces los muros hablan de lo que ocurre allí, de la droga que destroza sueños y de cómo un grupo de madres, tenaces, va recogiendo los añicos para reconstruirlos. Del olor que desprenden los márgenes de la exclusión social y de cómo hacer que el viento se lo lleve y traiga fragancias nuevas. De los libros que aparecieron cargados de palabras que les ayudaron a comprender por qué sus vidas eran tan duras como piedras de río, y a buscar maneras para cambiarlas.

Ali escogió un trozo de muro y escribió:



También de este
lado hay sueños

CUADERNO DE DIBUJOS

Camina con Mario por la ciudad ya casi vacía notando cómo la luna les mira. La mano de él (izquierda) y la de ella (derecha) caminan agarradas junto a ellos. Se cruzan con un tipo que se ha encadenado a una farola y Mario se detiene a hablar con él, le resulta imposible pasar sin mostrar interés por la reivindicación del ex drogadicto que pide un tratamiento sanitario digno. Después se compran un helado de chocolate y dulce de leche. Mario le cuenta a la heladera que cuando era pequeño los helados costaban sólo una moneda, y que en su casa comían tantos que les daban el baño de chocolate gratis. Ella sonríe. Su hermano no trabaja hoy en la gasolinera, pero igualmente charla un rato con sus compañeros y llegando al parque se cruzan con un chico que tiene el habla enredada y la mirada puesta en otro lugar. Le cuenta que le duelen los pies descalzos y le pide a Mario unos zapatos.

*No tengo, amigo,
se los comieron mis perros.*

Mario le dice a ella que piensa que el mundo cambiaría si cada mañana, al levantarse, los políticos tuvieran que escribir unos versos como primera tarea del día.

*Tú y yo creemos en cosas diferentes
para conseguir que la realidad sea distinta,*

añade.

Ella lo mira, mientras los perros corren alrededor de un hormiguero gigante en el parque. Piensa en su cuaderno de sueños y dibujos.

ILUSIÓN

Ella estaba en el lado izquierdo y, a continuación, los otros tres. Miraban al público sentados en el escenario de aquel teatro que servía, también, para otras cosas además de para representar obras. Venían de una tradición política de otro tiempo, en el que escribían todo lo que hacían y hacían todo lo que escribían. No quisieron ser nostálgicos, por eso las palabras que usaron sonaban a actualidad: desobediencia, lucha, debate, dignidad, revolución, reflexión, huelga. Justicia. Al final, alguien desde el público les preguntó qué similitudes veían entre la lucha que hicieron años atrás y la de ahora. Ella dijo:

la ilusión por saber que podemos cambiar las cosas.

VOZ

DE ALARMA ANTE UN DESALOJO

Salten afuera los que piensen que todo está perdido, los que pongan como excusa para permanecer inmóviles que es imposible cambiar las cosas.

Salten los que crean que este sistema depredador de personas y de recursos es el único que podemos crear. Los que piensen que se puede crecer ilimitadamente en un planeta finito.

Salten los que se agarran al miedo en vez de a la esperanza, los que encuentran entre el sinsentido y la barbarie un lugar cómodo para vivir.

Salten los que no se hayan percatado de que dependemos de la naturaleza para sobrevivir y los que, aún sabiendo que los cuidados que nos dispensan otras personas son imprescindibles para que estemos vivas, deciden invisibilizar a quienes realizan estas tareas.

Salten los que piensen que aprender a cultivar es una pérdida de tiempo, los que no se han dado cuenta de que con menos coches sonreímos más.

Salten los ricos felices y los infelices, los que salen a la calle sin fijarse en aquellos que están siendo empujados al precipicio de la exclusión.

Que salten los que no se mueven porque piensan que siempre van a estar seguros y calientes, los que están convencidos de que las oportunidades son las mismas para todas las personas. Los que creen que las redes no son capaces de frenar las caídas.

Que salten.

El resto, nos quedamos.

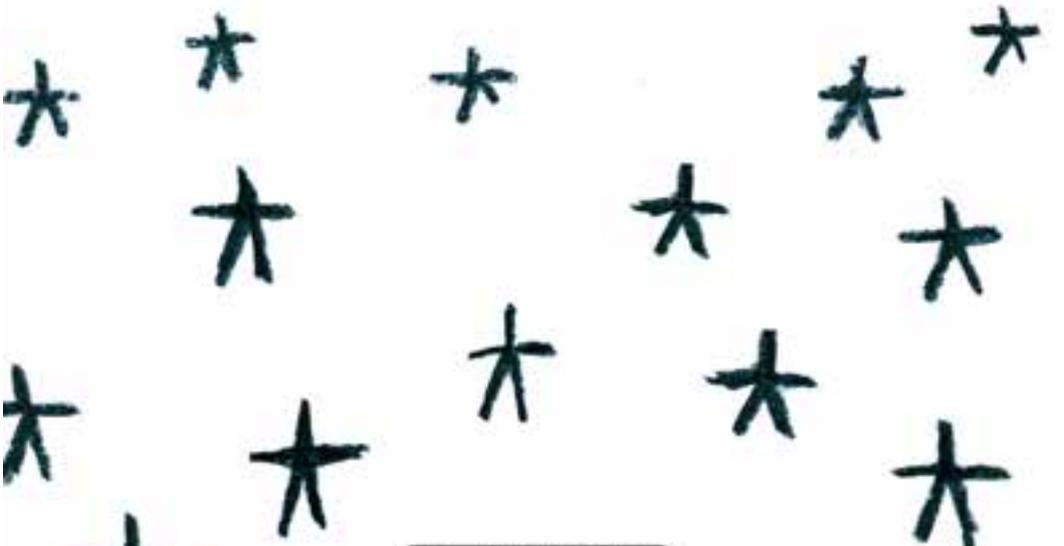
*Fue desgranando, con la calma de una tarde,
las pequeñas historias que ocurrían cada día...*

A collection of small, hand-drawn black stars scattered across the top half of the page.

Las estrellas se nos resisten. Se nos llevan resistiendo demasiado tiempo a los de abajo, a la gente común, a las que estamos siempre detrás.

A single hand-drawn black star on the left side of the text block.

Pero hay historias que cuentan cómo capturar estrellas para subirlas al universo de lo posible, de la esperanza y de la dignidad escrita con la mano sobre la tierra. Historias de gente común, peleona, organizada. Constructora de otras realidades.

A collection of larger, hand-drawn black stars scattered across the middle and bottom sections of the page.

Colección PROSÉPICA



9 788494 318320

Libro
en acción

